

16. MARCO POLO EN RÍO DULCE (Nathan)

Había llegado a Río Dulce esa tarde, y buscaba una pensión barata para descansar, a ser posible con un ventilador, cuando noté que alguien me estaba mirando. Sentado, con una cerveza en la mano, un hombre me saludaba con un gesto que bien podía ser de aprobación o de camaradería. Devolví el saludo y me acerqué.

—Tengo un sobrino que está también viajando en su bicicleta —dijo—, me parece un vehículo extraordinario para viajar. ¿Aceptas una cerveza?

—Claro que sí —contesté.

Aparqué mi bicicleta frente a la mesa y le estreché la mano. El tipo se llamaba Augusto, debía de tener unos cincuenta años, y hablaba inglés con un acento mediterráneo, tal vez libanés. Me equivoqué por completo, resultó ser español y tenía sesenta y tres años.

—¿Vienes de visitar Tikal, Nathan? —me preguntó.

—No, de Lanquín.

—Puff..., menudo pedregal, y en una bicicleta... ¿Sabes que la carretera por el lado sur del lago está asfaltada, la que viene de la capital?

—Sí, claro que lo sé, pero quería conocer Semuc Champey.

—Ah, por supuesto, Semuc. Aquello es remoto, y ciertamente un hermoso rincón. A tu salud —brindó Augusto—, me alegra saber que aún quedan locos. León Felipe se alegrará en su tumba...

—¿...?

—Nada importante, un poeta español que escribía rabias... ¿Eres estadounidense, Nathan?

—Sí. De Detroit, Michigan.

—Ese poeta español vivió un tiempo en Nueva York..., bueno, no viene al caso... Si te gustan los paraísos escondidos, como Semuc, he de darte una mala noticia, Nathan: a estas alturas de siglo casi todos los lugares mágicos del planeta están en alguna guía de viajes y hay un minibús que te lleva a verlos sin que te despeines. Vivimos en un planeta descubierto y fotografiado.

—¿De veras crees que todo está fotografiado?

—No, no todo; dije “casi todos”. Y el casi va a durar mucho en su anonimato. Se acabaron los grandes viajeros, se acabó el romanticismo. Hoy nadie sueña en su infancia con ser un aventurero o un explorador, sino con tener un sueldo fijo y vivir imitando cualquier maldita comedia de serie.

—Hace poco un danés ha puesto coordenadas al punto más remoto del mundo, a treinta días de bicicleta del último acceso con todoterreno, en el Tíbet.

—¿También en bicicleta? ¿Es una epidemia lo vuestro?

—Sí —respondí riendo—, en bicicleta, por la pura madre Tierra.

—Interesante hazaña..., quizás deberíamos brindar por ese hombre; no obstante, eso no cambia lo esencial del asunto. Los aventureros de hoy buscan el ochomil más inaccesible por una arista que nadie haya subido antes, pero llegan a Nepal en avión; y hay quien intenta bajar el río Congo en kayak, o alcanzar el centro del Taklamakan. Todo son récords

y gestas imposibles, el más difícil todavía. En un mundo sin secretos, la hazaña se convierte en el mayor enemigo, pues deja atrás lo importante: el camino en sí mismo. El aventurero vive de espaldas a los grandes viajes, ya no es un apátrida ni alguien con un rumbo errante, es una pieza más del engranaje que trae a la ciudad el espectáculo de los glaciares recónditos... ¿Quién emprende en nuestros días un viaje sin saber dónde irá ni cuándo regresará, a modo y semejanza de Marco Polo? Por el contrario, con una detallada planificación, el aventurero moderno toma un avión a Perú, escala, regresa a su país, y continúa con los compromisos sociales aparcados... Habría que volver a los viajes de Marco Polo, mimetizar el alma tras cada frontera, cambiar de traje, de costumbres, de idioma. Cada frontera es la oportunidad para empezar una vida nueva y una vuelta al mundo es la oportunidad de vivir ochenta vidas diferentes.

—Tiene gracia la coincidencia. Llevo ochenta días en la ruta.

—Oh, pensaba que llevabas más tiempo. Interesante... ¿Tienes billete de vuelta?, ¿has pedido un año sabático en tu empresa?

—No, dejé todo atrás: familia, trabajo, casa, coche... Honestamente, no era feliz en Detroit. Tenía más confort del que pedía y menos libertad de la que necesitaba, tenía demasiado dinero y poco tiempo; de hecho, apenas tenía tiempo para gastar el dinero...

Me detuve, pensando que Augusto podía incomodarse con la confidencia de un recién conocido, pero él hizo un gesto para que continuase hablando.

—Era un hámster más en la rueda. Vivía para trabajar y consumir, alimentando un sistema que me recompensaba con entretenimientos superficiales y con tres semanas de vacaciones al año..., tres miserables semanas de libertad a cambio de cuarenta y nueve de esclavitud. Además, estaba cansado de ver el mundo a través de documentales y revistas, quería verlo con mis propios ojos; saborear, oler, sentir, sufrir... Creo que haré mía esa idea de Marco Polo, alguien que viaja sin saber dónde irá ni cuándo regresará.

—Excelente, Nathan, estás en un camino de grandes puertas, la búsqueda de quién eres. Haces bien en elegir rutas remotas, de esa manera las puertas se irán abriendo para ti.

—¿Qué puertas?

—Oh, disculpa, son maneras de hablar de alguien que empieza a ser viejo. No importa que apenas queden lugares por descubrir, picos por escalar, siempre quedará el viaje más apasionante: al interior de uno mismo.

—Sí, estoy de acuerdo en eso, aunque el mundo me atrae igualmente, tengo mucha curiosidad...

—No te preocupes, Nathan, ese mundo que buscas está abierto para ti, y las puertas también se abrirán —dijo, insistiendo en lo de las puertas con una sonrisa traviesa que le quitaba veinticinco años de encima—. Pese a que esté tan expuesto en imágenes que haya decapitado a la curiosidad, este planeta siempre reserva sorpresas para quien necesita respuestas. El hombre de hoy va, pone una bandera, toma la foto, y regresa a su país para vender la foto con la bandera. Esto ha escondido la esencia de la aventura: el camino, lo que transforma al caminante, un hallazgo muy simple que está detrás de cada esquina...

—... O sentado en la mesa de un bar... —insinué con una sonrisa.

—Pudiera ser, aunque en un bar sólo suele haber cerveza y, en ocasiones, charlas trasnochadas. El camino está donde la cabeza te dice “No merece la pena ir hasta allí” y el

corazón te grita “¡Ve!”, creo que tú lo has aprendido en muy poco tiempo, en tus ochenta días... Debes recuperar para este siglo nuevo el motivo auténtico, el genuino, el que provocó por primera vez a los hombres salir hacia lo desconocido. En este mundo, documentado hasta la obscenidad, es justo el viaje sin retorno lo que ha quedado oculto debajo de toneladas de fotografías. Debemos volver a salir en busca de Shangri-La, de Manoa, de Itaca, y que el camino sea quien revele lo desconocido.

Augusto se quedó callado por un momento, apuró su cerveza y me miró a los ojos con una intensidad que me asustó. Me dijo algo que, por la noche, yo escribiría en mi diario:

“Es la plenitud de quien se acerca a su destino día a día, soñando con la próxima montaña, con la siguiente frontera, soportando las inclemencias del tiempo, ventiscas, monzones, heladas... Es quien atraviesa la Tierra contemplando cómo las selvas dan paso a los desiertos, los desiertos a las estepas, las estepas a las montañas. Es quien suplica a los dioses, primero con humildad y después con rabia, para que aplaquen una tormenta. Es quien cada noche pide prestada a la Tierra su almohada para descansar, quien cada mañana por toda despedida retira de su rostro unas gotas de rocío antes de continuar su marcha. Ése es el hombre a quien el mundo elige para mostrarle sus secretos, y ésa es la gran aventura en un siglo que sólo busca la hazaña.”

Esa noche, a los ochenta días de haber partido de mi casa, supe que tardaría mucho tiempo en regresar.

(Capítulo de la novela El Círculo de las Artes Efímeras, de Salva Rodríguez)

www.unviajedecuento.weebly.com

FB: El Círculo de las Artes Efímeras